

Para comérselo en ayunas

FELIPE A. GONZÁLEZ LÓPEZ

Como el más común de los mortales —con los retortijones a causa de la falta de alimento matinal—, me encontraba formado en el banco, en la tortuosa espera de un turno para enfrentar el ojo entrenado y el humor de la cajera.

Escribía al reverso del cheque mis generales cuando se cimbó la sucursal: entraba Alfonso Sánchez Arteché. Y en la calle, como un suspiro gordo, un camión de tonelaje desproporcionado.

Embebido en la oscura jerga de los estados de cuenta bancarios, el maestro no reparó en mi presencia. De hecho, ni siquiera notó que estaba ahí, escuchando cómo le ofrecían una nueva tarjeta de crédito, mientras la cajera me miraba con ojos de puñal traspasando más allá del cristal mi humanidad completa cuando tuve la osadía de pedirle: “billetes chicos, señorita, para que se abulte la cartera”.

Cuando terminé de contar los billetes de a 20, Sánchez Arteché ya había desaparecido. Lo encontré en la esquina, esperando atravesar hacia Los Portales. Y ahí fue cuando me atreví.

—Maestro —dije tendiéndole la mano y agregué—, Felipe González...

—Sí, Felipe —dijo fingiendo conocerme—, ¿cómo está?

—Bien, maestro. Quiero decirle que me dirijo a comprar su más reciente libro... —cosa que era absoluta verdad.

El maestro se mosqueó un poco. Ya de por sí un fulano confiado se le había acercado y encima montaba el numerito clásico para conseguir el libro de oquis.

—¿Adónde? —inquirió, pa’ ver si tenía idea del asunto.

—Al Centro Toluqueño.

—¡Ah!, no se moleste, mejor pase por él a la oficina, al Consejo Editorial —señaló mientras atravesábamos Hidalgo.

—De ninguna manera —repliqué—, de hecho iba a venir la semana pasada al centro expresamente a comprarlo.

Vino luego un intercambio que duró segundos acerca de las regalías de los autores, asunto que para mí es como el sánscrito y además ya no recuerdo bien.

Nos separamos enfrente de la pared tapiada del Hotel San Carlos: aquí se rompió una taza y cada quien para su casa. El maestro Sánchez Arteché se perdió entre la multitud de Los Portales y yo seguí con paso firme atravesando el pasaje Cimsa rumbo al Centro Toluqueño, donde el ejemplar del *Génesis apócrifo* me costó 60 del águila.

En el momento en que lo tuve en mis manos, sentí una fuerza extraña, una fuerte corriente en el rostro. Un curioso remolino septembrino.

Funcionaba un ventilador en el Centro Toluqueño de Escritores y un ente redactaba raros signos. Se trataba de sumas. O tal vez de restas. La hija de la encargada de docenas de libros hacía la tarea de matemáticas en medio de tanta literatura.

El libro cuidadosamente envuelto en el papel celofán que no duró ni el día ni la víspera. Arrugado quedó en el primer bote de basura a la mano. En la portada, dos caras en un recuadro

de cuatro y medio por tres. Una cara gris le gritaba sandeces a la otra color bermellón.

Y no es que yo sepa de arte, lo leí en la tercera de forros, donde dice que la ilustración se llama *El grito* —la autora es Irma Bastida Herrera—.

No resistí más la tentación y empecé a leer, que al fin para eso había comprado el *Génesis apócrifo*, cuyo título se debe a uno de los cuentos contenido en el volúmen, que originalmente se llamó “Fábulas, mitos y otras ficciones”, aparecido allá por el año de gracia de 1985. Ni más ni menos que en el siglo pasado.

25 cuentos. Eso decía el índice en la página 109, por la que empecé la lectura para ver a qué me enfrentaba.

25 cuentos, publicados por el sello del Fondo Editorial Estado de México, enlazados entre sí por los mitos y leyendas universales. Lo mismo te encuentras con el paraíso terrenal que en ese terregal que es el ex Vaso del Lago de Texcoco. Y saludas de mano a Huichilobos o al mismísimo Jehová.

Así se adivina desde el “Solsticio hiemal” con el que se arranca la obra. Mejor dicho, desde la cita del idealista lingüístico —así dice la Wikipedia— Karl Vossler que arranca la obra de la Colección Letras/Cuento.

Alfonso Sánchez Arteché no se intimida ante el poeta Nezahualcōyōtl ni ante Viracocha y mucho menos ante los hijos del Islam,

que tan mala prensa tienen estos días. La emprende con los teutones y hasta con el sustantivo más usado por los jóvenes de la actualidad.

Me ha gustado la colección completa. Pero si he de destacar alguno en particular me quedo con la historia de Sally Whitman, a la que le encuentro no sé qué reminiscencias con alguno de los relatos mitológicos-arqueológicos contenidos en *La rebelión de los brujos*, de L. Pauweds y J. Bergier. No me pregunten por qué. Y seguramente si el autor se entera de esta subjetiva asociación hecha por el arriba firmante entre su obra y la de un escritor belga y un ingeniero ruso —que terminaron nacionalizados franceses—, mandará este texto por un tubo. Y tendrá razón.

De hecho, he estado recordando *La rebelión* y *El retorno de los brujos* en muchos momentos. De mitológicos tienen mucho, de literarios otro tanto. Exactamente igual que la Whitman de la historia, de cuya biografía se puede decir que “ha pasado a los libros de texto por el descubrimiento de una tribu que nadie más ha vuelto a descubrir”. Pero que aquí estaría al alcance de la mano: los indios oey, así bautizados por utilizar con tanta frecuencia ese vocablo, que en su idioma nativo parece tener tantos significados:

La tribu oey no aparece mencionada en ningún libro de antropología, tal

vez porque soy yo quien les ha dado ese nombre, luego de observarlos y escuchar sus diálogos durante varios días. Pienso que la palabra ‘oey’ tiene un profundo significado social entre ellos, pues es frecuente escuchar la siguiente conversación:

—Kiuvo, oey.

—Ke traís, oey.

—Loke kieras, oey.

—¿Noas visto a ese oey?

—Sígue acién doleal oey.

—Es un pobre oey...

Sánchez Arteché tiene, estoy seguro, el don del sarcasmo.

De la ironía. De la sátira. Pero también del cuidado del idioma, tan escaso en la actualidad en la que los *ese eme eses* parecen haber sido hechos para ahorrar letras o descomponer la gramática, lo mismo que las célebres redes sociales. Aunque el maestro no le rehúye a las nuevas tecnologías. Para comprobarlo, ahí están sus textos en la red social *Facebook*, donde hace unas semanas deploraba, con razones en los *bytes*, el uso de la palabra ‘chance’.

Porque de que le sabe al caló, le sabe. En “El signo de la alianza” recurre a esa jerga mexicana propia de las tierras de Mexicalpan de los Chayotes: “—Me late que ya la hicimos —abrió su pútrido océano el punga de Cacomixtli, máster tepiteco en las categos del dos de bastos

y del matanga dijo la changa”. O “—Qué buen patín este de la polaca. Es chido andar grillando a esta bola de chavos azotados”. Tal cual democracia cristiana que nos chupa la sangre... y ensangra la nación entera con todo y su *Rerum Novarum*.

Sánchez Arteche me ha hecho revivir *Las mil y una noches* en “Torneos de vida y desamor”. Y puede hacer aparecer al mismísimo *Cantar de los cantares*, pero en versión campirana, de ésas de *Pueblerina*, de Columba Domínguez y los bigotes tiesos de Roberto Cañedo. Poesía pura hecha de tejocotes y chicalotas, tejas coloradas y barbechos:

Deja esa cama de oate y ven conmigo. Pasaron ya las lluvias y el suelo no está lodoso. Terminó la crecida del río. Los girasoles ponen morado el campo, sazonan en la llanada cirgüelas y jaltomates...

De productos nacionales se trata *Génesis apócrifo*. De los infartantes proyectos de Ahuizotl. Pero también de personajes germánicos emparentados con los Nibelungos. Como aquel hijo de Segismundo —espero no equivocarme con el padre—, aquí vencedor de la hidra. O de franceses de la Edad Media con tantos títulos reales como intenciones de pasar a la posteridad de la mano de una historia “donde el amor cortés se dé la mano con las virtudes del

matrimonio y el honor de la caballería andante”. Y ¿por qué no, Circe o Penélope, Azcalxóchitl o Rosamunda?

Sin olvidar las bíblicas referencias. Ya no del por qué estamos como estamos gracias a arcángeles y querubines —perfectamente entendible en el cuento que le da título a la obra—, sino del José, de la tribu de Jacob, que pareciera estar en “Capacidad de adaptación”. O las oscuras negociaciones para obtener centenares y centenares de peces y panes, reveladas a discípulos descreídos, insolentes, emprendedores o de cabeza dura.

En cada una de las 107 páginas que contienen las dos docenas de cuentos me he encontrado con una carcajada, con una sinrazón o con el recuerdo de una historia olvidada, que revive en las letras del maestro de generaciones de escritores —y aspirantes—.

Desde luego, no hice estos hallazgos caminando entre la gente que va y viene en la avenida de Independencia o junto a las Tortas La Barca. Pero sí en una buena sentada, en la que me chuté de cabo a rabo —como un descanso reglamentario entre la edición de página y página del cotidiano— mi libro nuevo. Acá no hubo remolinos ni cristales temblorines. Sí la omnipresencia del maestro Sánchez Arteche, como un Quetzalcóatl que vuelve por sus fueros. O como una navidad que parece sacada de Palacagüina... aunque se encuentre ambientada en el mismísimo Veracruz. Como

el fútbol en tiempos de Amadíses y Rocinantes.

Historias de reinas y reyes, detectives y guerreros, sumos sacerdotes y milagrientas vacas, divinidades y vulgares oficinistas. Eso es *Génesis apócrifo*.

Alfonso Sánchez Arteche, licenciado en Historia y maestro por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, reinventa la ficción y la leyenda. Abre caminos a los mitos y convierte en asuntos domésticos las invenciones que dizque son universales.

Como el génesis. El parto de los montes. La naciencia del verbo que se hizo carne. Y que aquí se vuelve letra en papel y tinta, materiales que parece que a cada *gigabyte* se vuelven tan anticuados como deliciosos. Sobre todo si la prosa es un “suculento manjar para las fauces” de un lector en ayunas. Sin días perdidos como los de Ruperto Bustamante. Sin cadáveres incorruptos. Y sobre todo, sin hambre de letras.

FELIPE ADELAIDO GONZÁLEZ LÓPEZ. Estudió la carrera de Contaduría Pública en la Universidad Autónoma del Estado de México. Se dedica al periodismo desde 1992. Es Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Fue reportero de varias publicaciones, como la revista *Contacto*, el diario *El Financiero* y el semanario *Redes*. Desde agosto de 1994 forma parte del equipo del noticiario radiofónico *Así Sucede*, que dirige y conduce desde marzo de 1998. Fue galardonado con la Presea Estado de México José María Cos en Periodismo e Información 2001. Ha sido becario de los cursos de verano que el diario español *El País* ofrece junto con la Universidad Autónoma de Madrid y ha tomado cursos y talleres de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.